

TERCER PUESTO

Lirios amargos

Geraldin Chuquen Salamanca
Tecnología en Gastronomía
Facultad de Artes, Comunicación y Cultura
ana.ferro@uniagustiniana.edu.co

Solía pintar cosas cuando me inspiraba, pero en el largo transcurso de mi vida siempre la misma figura aparecía. Perturbadora y hermosa al mismo tiempo, me enseñaba al final que no cualquiera podría encontrar su significado definitivo. Estaba condenado entonces a que el aroma de esas flores me transportara a la desgracia que, para mí, vendado y encarcelado por mis propias manos, era la mayor condena. Mi yo de ahora era uno de esos desdichados que tenía talento, pero no transmitía nada; uno de esos falsos actores que se limitan a brillar como diamantes, pero en realidad son de cobre que tiñe con su color y repugnante olor. Creando cosas hermosas, figuras increíbles, al fin y al cabo sólo era un estampado de la versatilidad de mis manos que transformaban entre pinceles desgastados el único recuerdo que podía plasmar. Había entonces perdido mi magia, mi felicidad. Estaba encaminado en un sendero hacia el olvido de mis admiradores. Era comprensible, ver la misma pintura cansaría a cualquiera.

Pero, aun así, creía que si seguía caminando por esos lugares que daban alegría y me calmaban el alma, tal vez el sonido de un pájaro, al vibrar por su madre lejana, me daría de nuevo lo que siempre había querido, pero que nunca había tenido, así los demás pensarían que se encontraba en mis figuras artísticas.

Entonces, me vi en el lugar que más amaba en el mundo. Ni París con su Torre Eiffel, ni un restaurante lujoso, ni siquiera las ciudades más bellas; para mí, aquel jardín de lirios cercado por la mejor madera, donde nada moría y todo se detenía, sería una bella captura para quien, con un corazón noble, fuese capaz de plasmarlo sin dejar escapar su esencia. Quien lo hiciera, irrefutablemente, tendría entre sus manos la más maravillosa obra de arte.

Al llegar, algo se había roto dentro de mí. Tal vez el corazón, tal vez algo invisible que los demás no entienden que existe, tal vez sólo era un vacío sin importancia al que le gustaba comer sentimientos

y una que otra vez carne. No lo sé, en realidad, solo estaba intentando descubrir por qué aquel bello jardín, donde las madres pobres venían a dar a luz con partos menos dolorosos, ya no se encontraba. ¿Qué significaba que una cárcel tan horriblemente construida tuviera más valor que aquel dulce jardín en el que la sangre del sacrificio por la vida del vientre ya no pintara los blancos lirios que calmaban el dolor y silbaban con el viento? Simplemente, quedé muerto. Mis ojos se llenaron de lágrimas, el miedo contaminó mi hígado, y digo hígado porque para ese momento ya ni siquiera sabía en dónde se producía el miedo. Los anhelos y esperanzas que tenía para entonces se redujeron al triste color de una cárcel y el olor repugnante de unos vagos al lado de ella. Sin embargo, me había equivocado. Aquel lugar horrible no era una cárcel, era un orfanato, pero, sin ánimo de ofender a nadie, no sé cuál es la diferencia. Tal vez, que en uno reclutan niños que ya no tienen opción y en la otra, aunque sí tienen opción, la desechan y venden su libertad. He allí dos formas diferentes de tortura.

Recobrando el sentido, vi que un niño me llamaba con su bella pero sucia mano, me invitaba desde lo alto de un tercer piso a que visitara su vida solitaria, y no podía negarme. Su aura solitaria me reclamaba a mí, era yo la única persona que estaba amando su mirada, esos ojos bellos que me recordaban a mi esposa.

Sin importar si lo tenía que adoptar o no, me introduje dentro de aquel tétrico lugar, caminé por la recepción e intenté hablar con los encargados y hasta con los que esperaban impacientemente. Ninguno de los que se encontraban allí me respondió; parecían congelados por el tiempo, por el dolor y la impaciencia. Las paredes, las mesas y todo lo que los rodeaba se tornaba de un color sombrío; nada tenía color, nada parecía querer mi presencia, no estaba incluido dentro de su mundo sin emoción. Rendido ante la posibilidad de evitar que me llamaran la atención por subir sin permiso al tercer piso, subí los escalones pacientemente, el polvo era

sacudido por mis pasos y un poco más caía desde el techo. Cuando ascendía por las escaleras, una voz resonó en mi cabeza: «No veas por la ventana». Como si le gustara jugarle bromas a la gente, aquel niño me pedía que no viera a través de algo que no existía. Se reía más de lo que debía y me impedía alcanzarle cuando intentaba acortar la distancia de los escalones entre él y yo. Finalmente, al llegar al tercer piso, el gran cuarto había aparecido frente a nosotros; sin divisiones arquitectónicas, la única forma de diferenciar el espacio de los supuestos niños era los dibujos estampados en la pared, las múltiples fotografías de recuerdos tal vez amargos, tal vez felices y esas marcas profundas de las camas y los muebles que ya no se encontraban.

El niño me había preparado el material para pintar todo el odio acumulado que se había encerrado en mí. Motivado más que nunca, hice que los pinceles entre mis manos cobraran vida e, independientemente, se sumergieran en el papel fino, perfecto para una obra de tal magnitud. Las líneas paralelas, las líneas que se conectaban, el color que daba la vida, la historia más bella pero más triste, plasmada por el dolor, el odio y este abrazo un poco frío del niño emocionado. Después de tres largas horas, di por terminado el cuadro: el accidente de una familia que, al chocar, hacía crecer un campo de lirios, conmemorando la vida de los tres que, unidos por el calor de sus manos, descansaban debajo de lo que ahora ya no era un campo tibio, sino un orfanato frío. Las lágrimas fueron cayendo sin detenerse, había dibujado lo que nunca nadie lograría; por primera vez, estaba orgulloso de una pintura creada por mi mano. Conmocionado, un poco ahogado, quería buscar la manera de respirar mejor; deseaba una ventana amplia que, al menos, me recordara el sutil aroma de los lirios muertos debajo del concreto.

Testarudo, había olvidado lo que el niño había mencionado. Envuelto entre corrientes de ilusión y esperanza, vi el jardín de lirios blancos a través de la ventana tallada en madera. Todo este

tiempo había estado detrás del orfanato. Sin embargo, cuando abrí la ventana, unas pequeñas manos me empujaron a través de ella. El accidente, del cual había sido partícipe, se reproducía una vez más frente a mis ojos. Alguien como yo, que no supo nunca calmar sus emociones, terminaba concluyendo para la escena del choque la muerte de dos flores hermosas, mi esposa y mi hijo. Un amor tan infinito que ahora solo era sangre, heridas y cicatrices imposibles de sanar. Había sido condenado por la culpa a recrear la misma escena en mi interior.

Todo se apagó en cuestión de segundos. La vida que había llevado hasta el momento iba a terminar. Estaba tendido en el suelo, lleno de sangre, mi cuerpo destruido con los huesos rotos y lágrimas de alivio en los ojos. Mi cabello castaño volviéndose blanco, las arrugas en mi rostro joven y la debilidad en mí finalmente me hicieron entender. ¿Qué tanto tiempo había estado encerrado por la culpa? ¿Cuántos años habían pasado ya? Esa fue la última pregunta después de que, yaciente, mi memoria quedara impregnada en el campo de lirios que siempre había estado oculto por las ruinas de un orfanato.